

MONIGOTES DE PAPEL PRENSA

CUANDO los chicos de las excelentes familias no saben qué hacer, o decididamente no valen para la finanza, se echan a los periódicos. Bien con un dinero de las propias excelentes familias, bien con una cara, un porte y unos préstamos—que suelen ser oficiales—, los chicos más bizarros o más amodorrados de las excelentes familias, se hacen consejeros y presidentes y consejeros presidentes y así, como antes de las cofradías, pero ahora de periódicos. Para matar, más que nada el tiempo y al lector de tedio con alguna cosa que, muy de trecho en trecho, se les sale del magín como si fuera un pajarito infantil de niño descarado.

Espoleados por un sueño de control con hielo, los chicos de las excelentes familias que se van de periódicos, se sitúan lejanos y despectivos del periódico mismo (siempre es así con la gente «que se va» de algo). Ellos funcionan a otro nivel (son unos estructuralistas insapientes del circular cotarro), que es de comida apastelada y llamada urgente, no me sigáis por

ahí, de eso ni una palabra, quién es el imbécil que ha hecho semejante información, pero bueno, qué gente hay en plantilla, qué clase de tipos tenéis ahí, ojo que ahora es también consejero Robin Hood, no me toquéis los temas de toco-mocho.

Y luego definen la libertad en un editorialuco ponderado, y se van a cazar cerdo agridulce a Sierra Nevada con un abrigo de esos verdes que llevan todos (verlos en «Alfas», Goya y O'Donnell, butique de toda la vida desde el cincuenta, es que no sabéis nada, sois unos ignorantes, os creéis que no hay más que Celso García). Y, mientras cazan cerdo agridulce con arpón y navaja barbera, una llamada al director que está dando forma a las siete columnas de Hércules, tratando de hacer despejes con la situación laboral como si los obreros fuesen esos primos regañones que siempre se tienen en provincias y que por más que les expliques no entienden nada.

A veces, estos chicos controladores descubren con desagrado que tienen que poner dinero de lo suyo en

el asunto de los periódicos, y se llevan un disgusto. Multiplican las cenas, se esconden, sonríen al coro asambleísta de muchachetes que se quedan en la calle o han de conocer nuevo amito. O se marcan un pacto con la extrema derecha (números pares de la calle Serrano), y como nuestras cosas reaccionarias no las lee ni el potito, querido, qué más nos da, querido, si de todas maneras no nos vamos a comer una rosca como no sea por el sistema de siempre, esto es, a base de dar estacazos al rosquillero, querido.

Quando se hacen mayores, estos chicos descubren que, la verdad, no hay nada como los monopolios de la familia de toda la vida, para qué más periódicos, ya tenemos «El Alcázar» y la Prensa del Movimiento. De vez en cuando, vuelve el recuerdo, sólo eso, de los años locos, y con una sonrisa de amargura que les hace brillar el diente postizo de diamante, susurran: «Los negocios de prensa son muy complicados... Yo salí escarmentado de lo del Diario de la Avelana». ■ CAÑAVERAL.

